

incluso la idea de la pedagogía. De ella tiene actualmente necesidad la escuela para renovar precisamente la reflexión pedagógica hacia más autonomía del alumno y también de la diversificación de los documentos. La lectura pública ha sido, finalmente, una especie de modelo para el desarrollo de los CDI (Centros de Documentación e Información, organismos de documentación en la enseñanza secundaria) que son mediatecas que dan un amplio espacio para el trabajo del alumno. El problema reside en que esta necesaria complementariedad es difícil de organizar, justamente a causa de la desproporción de los dos sectores, que hace que incluso la Educación nacional, materialmente, no tenga necesidad de la otra institución. La tentación consistiría en decir que la lectura pública se instale en la escuela, pero esto, para la lectura pública, no es satisfactorio ya que se excluye, o al menos se desanima, al resto del público. Por eso hay que encontrar fórmulas. La doctrina que defiende el CSB es que los dos sectores trabajen en paralelo, colaborando, pero guardando cada uno su especificidad, que una biblioteca escolar sea una biblioteca pedagógica, la cual por su naturaleza no es una biblioteca pública ya que tiene sus limitaciones, sus programas, su política de adquisición, su manera de trabajar, que no es la de la amplia apertura a todos los ciudadanos. En estos momentos, en Francia, hay numerosos debates

sobre esta cuestión de cómo organizar la colaboración. Personalmente soy favorable a esta doctrina de que cada uno debe trabajar en su propio ámbito pero que dada la amplitud del problema hay que actuar con mucha flexibilidad y que en la medida en que no haya una anexión completa de la lectura pública por la Educación nacional todos los acuerdos pueden ser buenos para tomarlos. Vemos actualmente, y no sólo en Francia sino en los países nórdicos extremadamente bien equipados en bibliotecas, muchas experiencias de bibliotecas a la vez públicas y escolares, pero para eso es imprescindible mucha habilidad. Por ejemplo, deben de estar abiertas tanto a la escuela como a la localidad, no insertas en la escuela sino abiertas físicamente a la calle, y esto ya plantea problemas a algunas escuelas. Pero hay que llegar a esta doble apertura. Además las colecciones han de ser adecuadas, una parte centrada en el programa educativo y otra en la lectura pública. Las dos pueden estar juntas o separadas pero, en todo caso, han de satisfacer a los dos públicos. Creo que se puede hacer. Otro problema que se plantea en todos los países es que las dos profesiones, enseñantes y bibliotecarios, son diferentes en cuanto a su formación, son dos medios que no se conocen bien y

"Vemos actualmente, y no sólo en Francia sino en los países nórdicos extremadamente bien equipados en bibliotecas, muchas experiencias de bibliotecas a la vez públicas y escolares, pero para eso es imprescindible mucha habilidad"

que, en el mejor de los casos, intentan conocerse. Como puede observar queda mucho por hacer. En resumen, la fusión entre la lectura pública y escuela es una tentación, pero hay que resistirse a ella. Se pueden hacer las dos, eventualmente en el mismo lugar, pero separadamente. Cada una que haga su trabajo.

Estos últimos años además del desarrollo de la biblioteca pública ha habido un desarrollo paralelo muy remarcable de los CDI. Y una medida que me parece muy interesante, y que quizás pueda inspirar experiencias en otros países, es el diploma de documentalista para enseñantes que se estableció con el CAPES (Certificado de Aptitud Pedagógica para la Enseñanza Secundaria) de documentación. Esta medida fue tomada tras largos debates en la profesión. Anteriormente la biblioteca escolar estaba confiada a los enseñantes, pero enseñantes como los otros, sin formación. Era una catástrofe, las bibliotecas eran malísimas, bibliotecas de armario, con libros que no se renovaban... El debate se planteó en los términos de si era necesario poner un bibliotecario en el CDI o a enseñantes formados especialmente en documentación. Creo que la elección ha sido buena porque si se hubieran puesto bibliotecarios hubieran estado, probablemente, más aislados en el medio escolar. Esa elección de especializar a algunos profesores que lo deseen con una formación particular, pero

quedando con su estatus de enseñante y como director del CDI, me parece una medida muy juiciosa. Ahora hay que ir más lejos. Hay que hacer comprender que la especialización en documentación para un enseñante es legítima, que es una especialización como cualquier otra, pero sin embargo no hay que reservar la documentación a ese enseñante sino que cada profesor en su materia tenga nociones de documentación, ya que eso se ha convertido actualmente en algo indispensable para que los alumnos adquieran su propia autonomía de aprendizaje y utilicen las bibliotecas. Actualmente el riesgo es que, dado que se ha creado ese puesto de enseñante-documentalista, los otros enseñantes de Geografía, Matemáticas, Inglés, etcétera, puedan descargarse de los aspectos documentales diciéndose que ya hay alguien encargado de eso. Esto sería un error. Al contrario, lo que habría que conseguir es que cada profesor se implique en las tareas documentales y, en este caso, el enseñante-documentalista ha de dejar a cada profesor organizar su documentación, eso sí, con el apoyo del CDI. Es necesario que la documentación sea integrada en cada disciplina, no que sea algo externo. La idea de la documentación es una idea eminentemente pedagógica, de

investigación, que debe aprenderse desde la escuela infantil, que los alumnos adquieran esta facultad de aprender, de ser autónomos en el aprendizaje. Eso implica que todos los enseñantes deben tener esta competencia. Eso es posible, evitar que la documentación sea un asunto exclusivo del documentalista. Porque por ese camino nunca llegaremos a nada, si la lectura pública nunca llegará a satisfacer las enormes necesidades de la escuela, tampoco el CDI será suficiente. Este es el actual debate.

III Eso implica, entre otras cosas, un gran reto para los centros de formación del profesorado.

Sí, totalmente. Tienen que conseguir que penetre mejor la idea de la documentación. Esto es difícil, algo nuevo y para lo que los enseñantes no están todavía muy dispuestos. Por ejemplo, en los centros de formación del profesorado sería necesario que existieran especialistas de documentación en cada disciplina, lo que todavía no es el caso. Hay que fabricar los formadores para los enseñantes, que tengan conocimientos de la documentación en esa área, y además, de los métodos de investigación e instrumentos documentales: bibliografías, bases de datos,... Yo creo que eso es útil dado que cada disciplina tiene su propio método. La documentación en Matemáticas no tiene nada que ver, por ejemplo, con la de Lengua o Historia.

Volviendo a lo anterior quiero señalar que esta experiencia de la biblioteca escolar en Francia es, en mi opinión, muy importante también para las bibliotecas universitarias. Usted sabe que las bibliotecas universitarias en Francia no son buenas, un poco mejor que antes pero todavía muy insuficientes. En la universidad la biblioteca es todavía algo aislado. En ocasiones se encuentran ahora bibliotecas que están integradas en el conjunto de la universidad, pero no es el caso general. De todas las maneras hay una ruptura entre los bibliotecarios, que no son en este caso enseñantes, contrariamente a lo que sucede en EE.UU. o Gran Bretaña que son enseñantes con una especialización en documentación, y los profesores. Las quejas mutuas son continuas y cada uno dice que el otro no se ocupa demasiado de él. Esta situación va mejorando pero todavía existe esta ruptura. Por eso es interesante analizar los CDI que han escogido una estrategia totalmente diferente integrando enseñantes-documentalistas en la enseñanza, lo que sería totalmente rechazado por los bibliotecarios de las universidades. Claro está, además hay mucho trabajo a realizar en las universidades con esa idea de que la documentación ha de ser un asunto que implique a todos los enseñantes, especialmen-

te ahora cuando los alumnos que llegan a la universidad se han beneficiado de esos CDI implantados en todos los centros de secundaria. Esto va a implicar una ruptura fuerte, de trabajar con un CDI a trabajar con una biblioteca universitaria, y deberemos reflexionar en Francia sobre cómo hacer para que las adquisiciones de los alumnos en el trabajo diario en los CDI no se pierdan con la biblioteca universitaria sino que, al contrario, exista una valorización de lo que ya han aprendido en documentación. Podríamos pensar que los alumnos ya sabrán desenvolverse, pero todos sabemos que los alumnos que saben desenvolverse son los mejores, pero son sólo unos pocos. La biblioteca universitaria debe, en mi opinión, aprender del CDI, al igual que el CDI ha aprendido de la lectura pública. De aquí vuelvo a la pregunta que usted me formulaba al principio: para todo esto sirve el CSB, para hacer ese vínculo entre distintos ámbitos, para hacer análisis globales que vayan más allá de los propios y exclusivos intereses de una institución. La comunicación entre ministerios suele ser escasa, cuando no inexistente, pero dentro de un mismo ministerio, por ejemplo del de Educación, tampoco se da ninguna comunicación entre el área de secundaria y el de educación superior. Como cada uno está en su rincón, en su ámbito, no hay visiones globales y muchos problemas existentes ni se perciben.

"Otro problema que se plantea en todos los países es que las dos profesiones, enseñantes y bibliotecarios, son diferentes en cuanto a su formación, son dos medios que no se conocen bien y que, en el mejor de los casos, intentan conocerse"

III El desarrollo de las bibliotecas públicas en Francia, especialmente en los años 80, hace que podamos hablar de la "década dorada", de estas bibliotecas. En términos económicos ha supuesto una gran inversión, nuevos edificios, aumento de personal... Probablemente ello no tenga que ver con un nuevo interés de la administración francesa de que la sociedad sea más culta, lea más a Racine o a Corneille, sino que quizás se pueda interpretar como una apuesta estratégica de una sociedad en un momento como el actual. ¿Cuáles son las razones de esta apuesta? ¿Por qué se han realizado estas inversiones en este terreno en estos veinte últimos años (bibliotecas públicas, CDI, Biblioteca Nacional de Francia...)?

No tengo una respuesta profunda a su pregunta, puedo enumerarle las condiciones favorables y puede que finalmente sea el conjunto de estas condiciones que se han dado en un mismo momento en Francia lo que nos dé la respuesta. Primero hay que tener en cuenta que este desarrollo que se ha dado partía de un punto muy bajo. También que las inversiones no han sido espectaculares sino que han sido reales y, comparativamente con otros sectores,

PUBLICIDAD

muy mediocres. En el presupuesto global del Ministerio de Cultura, la lectura pública representa un 10%. Nada al lado de los monumentos históricos o el espectáculo. El teatro y la música absorben muchos más créditos. Y esto ha podido ser uno de los factores del éxito: mientras que las inversiones no han sido tan considerables, por el contrario han sido extremadamente rentables dado que la mediateca, que ha sido todo un descubrimiento para los franceses, ha tenido un gran éxito y llega a todos los sectores sociales, cosa que, por ejemplo, no sucede con el teatro, que acapara grandes inversiones, al igual que los museos, y llega a una pequeña audiencia. La biblioteca es lo contrario, pequeña inversión y gran audiencia. Políticamente es, en consecuencia, un buen cálculo.

Antes de los años 80 se da una explosión demográfica y un alza del nivel de vida que provoca que exista una clase media muy demandante de cultura, lo que está unido a la industria cultural y al desarrollo muy fuerte de la industria audiovisual, del disco, etcétera. Además, se dio

la llegada del gobierno socialista que fue determinante. El aumento del presupuesto del Ministerio de Cultura y del de Educación Nacional en la década socialista fue fundamental, en particular para las bibliotecas, dado que el Estado se puso a construir él mismo, con sus fondos, bibliotecas y entregárselas a las provincias, las Bibliotecas Departamentales de Préstamo. Consiguió cubrir el conjunto del territorio con estas 17 nuevas construcciones, lo que no había sucedido desde 1945, año de inicio de las bibliotecas departamentales. También se dieron créditos que llegaban hasta el 50% del total para las ciudades que quisieran rehabilitar o construir sus bibliotecas. Esto hay que ponerlo en la balanza del Gobierno socialista. A continuación ese progreso fue tan manifiesto que no fue contestado por la oposición y la política ha continuado. Es decir, se ha conseguido un consenso político.

Otra condición favorable fue debida también al gobierno socialista con su política de descentralización, lo que ha permitido, en mi opinión, esta explosión en el desarrollo bibliotecario. Para las bibliotecas departamentales ha sido evidente ya que el mismo Estado se obligó a construir las bibliotecas que faltaban y a continuación las entregó a los departamentos o provincias que recibían un regalo pero, a la vez, una carga a hacer frente. La gran mayoría de los departamentos han reaccionado muy bien y han aumentado la inversión hecha por el Estado contratando personal. Bibliotecas departamentales que tenían cinco o seis personas han pasado en unos años a contar con diez, quince

o veinte personas. En las ciudades fue algo distinto, pues fueron ayudadas por el Estado para construir, pero ni han sido ni son ayudadas para el funcionamiento. Actualmente es una de nuestras reclamaciones, que el Estado les ayude en su funcionamiento tal como sucede en los países nórdicos. Aún y todo, creo que el hecho de otorgar a las ciudades responsabilidades, que el Estado no tenga ningún derecho de tutela sobre la política de lectura pública de la ciudad, ha sido positivo. Había un peligro pues podían darse casos condenables, lo que ha sucedido raramente: dos o tres sitios donde se ha realizado censura o vigilaban las publicaciones que estaban en los estantes de las bibliotecas, lo que es inadmisibles. El CSB fue creado también para esto. Nos planteamos que un contexto donde cada municipio puede hacer lo que quiera es un poco peligroso. Pero, de hecho, ha sido una buena apuesta dado que el peligro ha sido muy excepcional, mientras que la inversión positiva del municipio ha sido considerable. Se han visto florecer las obras de construcción y aumentar el número de personal.

En consecuencia, las tres condiciones han sido la demanda social de más cultura, lo que no es exclusivo de Francia, un público nuevo de gente más instruida, responsable, más joven, y un aumento del presupuesto de cultura con la llegada de los socialistas y la descentralización que ha permitido repartir los créditos entre diferentes entidades colaboradoras.

"Actualmente el riesgo es que, dado que se ha creado ese puesto de enseñante - documentalista, los otros enseñantes puedan descargarse de los aspectos documentales diciéndose que ya hay alguien encargado de eso. Esto sería un error"

III Lo que usted señala se refiere esencialmente al ámbito de la lectura pública. Pero también ha habido una fuerte apuesta con las bibliotecas escolares, la nueva Biblioteca Nacional de Francia... En ese sentido, ¿podríamos pensar que ante los nuevos retos de la sociedad de la información el desarrollo de las bibliotecas y de las prácticas documentales en general ha sido una apuesta estratégica?

No estoy seguro. No digo que no tenga nada que ver pero de todas las formas no de una manera evidente. Efectivamente hay una demanda nueva para una nueva forma de aprender, aprender por sí mismo, ser dueño cada uno de su propio aprendizaje, y es verdad que la biblioteca es un instrumento para eso. Pero la biblioteca pública está todavía concebida en Francia de una manera bastante tradicional, como un objeto más cultural, todavía bastante unida al patrimonio, y en todo caso centrada en la cultura, lo que se aprecia claramente en las colecciones que son muy pobres en lo relativo a la ciencia o economía, por ejemplo. En su mayor parte no son todavía bibliotecas de información, como puede serlo la BPI o las bibliotecas

estadounidenses que cuentan con servicios contra el iletrismo o servicios cívicos, o en Holanda donde se encuentran dependencias municipales en la biblioteca para responder a las preguntas planteadas por la gente. Por ejemplo, el servicio de información telefónica que existe en todas las bibliotecas anglosajonas no ha cuajado en Francia aunque se hayan hecho intentos. El público francés no ha tomado la costumbre de telefonar a la biblioteca para informarse.

La biblioteca pública en Francia, que ha encontrado esa palabra "mediateca", que prueba que hay una fórmula o modelo francés, de todos modos muy inspirado en las anglosajonas, sigue siendo todavía muy cultural. En este sentido pienso que no ha habido una voluntad deliberada de hacer bibliotecas para responder a las inmensas necesidades de información que el público tiene. Si ese hubiera sido el caso, la biblioteca hubiera creado secciones con todo lo concerniente a la vida profesional, económica, etcétera, para que acudieran el empleado, el sindicalista, el parado, que tienen necesidades de información sobre tal o cual aspecto, o los jefes de pequeñas empresas que pueden tener necesidad de información económica. Esto no ha sucedido en Francia que sigue teniendo bibliotecas culturales, lo que yo lamento. En los informes del CSB incitamos a los bibliotecarios a abrir su establecimiento, fondos documentales y servicios hacia la población activa.

Por todo esto, no creo que las necesidades de ese tipo de información hayan estado en el origen del desarrollo de las bibliotecas francesas, pero en revancha creo que, siguiendo el modelo anglosajón, deberían abrirse a ese ámbito sin renunciar a su especificidad francesa, que no se conviertan en simples centros de información o préstamo, sino que mantengan su carácter de lugar de encuentro, de debates culturales, de exposiciones, de fiestas del libro, en edificios agradables para ir y quedarse un rato.

III ¿Existe un mínimo común denominador entre una biblioteca popular y una biblioteca que dispone de grandes medios y recursos, entre una modesta biblioteca de un barrio marginal y una gran biblioteca que disponga de las últimas novedades en tecnología de la información? Es decir, ¿podemos hablar de la biblioteca pública o la lectura pública o hemos de declinarlas en plural?

Las bibliotecas populares también existieron en Francia, sobre todo en las ciudades. Pero, en su mayoría, el origen de las bibliotecas públicas francesas es el proveniente de los fondos revolucionarios confiscados a la Iglesia, sobre todo, y a los aristócratas. El hecho es que nunca podemos escapar a nuestra propia his-

toria. Por ejemplo las bibliotecas municipales de París son ampliamente tributarias de una historia de bibliotecas populares, hechas para los aprendices, para la enseñanza mutua. Por eso creo que, respondiendo a su pregunta, habría que poner la palabra biblioteca en plural porque incluso hoy no es lo mismo la biblioteca pública en París o en Rennes o en Orleans. Cada uno de esos tipos de bibliotecas, sean las de origen popular o las de origen patrimonial, tienen sus cualidades y sus defectos. Recientemente he estado estudiando un informe sobre la música en bibliotecas y con ello quiero contestar indirectamente a su pregunta. Estábamos extrañados de observar que las bibliotecas públicas en Francia casi no prestan partituras, lo que es muy frecuente y apreciado en Alemania, Gran Bretaña o Rusia. ¿Por qué en Francia se da este caso? Un historiador ha hecho un estudio sobre este tema y ha observado que las

partituras no están de hecho ni en las bibliotecas eruditas, dado que eran consideradas como algo frívolo y si existían no estaban para el préstamo sino como algo patrimonial, ni tampoco en las bibliotecas populares que lo consideraban demasiado erudito. El caso es que las bibliotecas de estos dos tipos de origen diferente no habían desarrollado el préstamo de partituras.

Las bibliotecas partían de prejuicios distintos, pero de prejuicios. Las bibliotecas populares de París hicieron sus intentos, pues había orfeones, corales, etcétera. Pero se dieron cuenta que el primer público que llegaba a tomarlas en préstamo eran los burgueses para sus ejercicios de piano, violón, ... Eso no les gustó, les daba la sensación de que estaban haciendo elitismo, de que estaban gastando dinero para gente que ya lo tenía para comprarse sus propias partituras. Así, dejaron de prestar partituras y todavía hoy no lo hacen. Por eso, aunque hoy tengamos una sensación de unidad, yo pondría la palabra biblioteca en plural, para mí hay "lecturas públicas". Y lo que tendríamos que hacer es conocerlas mejor porque eso explica mucho de las situaciones actuales.

III Usted, al que se le denomina como el gran señor de las bibliotecas, que ha sido director de la prestigiosa Bibliothèque Publique d'Information y, actualmente, presidente del Conseil Supérieur des Bibliothèques, usted, ¿por qué es bibliotecario?

Es difícil de responder y casi entraríamos en el terreno del psicoanálisis. Por mi temperamento, yo creo mucho en la libertad del saber. No sé si es muy correcto pero muchas veces los bibliotecarios se definen como no enseñantes, un poco en oposición a la escuela. Es otra manera de enseñar, como puede serlo el de un periodista. A mí, de hecho, me hubiera gusta-

"La biblioteca, al contrario de los museos o el teatro, es pequeña inversión y gran audiencia. Políticamente es, en consecuencia, un buen cálculo"

do ser periodista. Para mí, periodista y bibliotecario son el mismo género de oficio, lo que pasa es que el de bibliotecario es más tranquilo, más comfortable. Pero para mí es el mismo oficio, es el aprendizaje mucho más libre, sin programas, sin fronteras, una mirada completamente independiente. La educación, querámoslo o no, y esto no es una crítica, es un enrolamiento en un bagaje común necesario para formar una sociedad. Pero a mí no es eso lo que me interesa. Al contrario, lo que me interesa es el lado revolucionario de la biblioteca, cómo se puede romper con culturas, cómo acercarse a otras culturas, cómo se puede jugar habilidosamente con la cultura sin estar forzosamente enrolado en un programa escolar. Lo que hace que la biblioteca me siga apasionando hoy es que todo el mundo se da cuenta de que hace falta un programa escolar como punto de partida pero, poco a poco, hay que ir soltando este lazo, dejar a las personas libres para que formen su saber, y en ese momento hay necesidad de otra herramienta, y la biblioteca es una herramienta para toda la vida, cosa que no lo es la escuela. Esto se verifica de más en más. Para vivir en sociedades como la nuestra, más maleables, donde, entre otras cosas, existe una mayor movilidad social, son necesarios estos lugares de libertad, de libertad del saber, que para mí es lo más atractivo.

Lo que actualmente me alegra más es saber la función que pueden desempeñar las bibliotecas en Francia para servir de enraizamiento a los inmigrantes, especialmente a las mujeres pues los hombres frecuentan poco las bibliotecas. Las mujeres inmigrantes, en ocasiones analfabetas o en ocasiones cultivadas, frecuentan las bibliotecas, y éstas son uno de los pocos instrumentos de integración. La familia ya no lo es, al contrario, la familia es un instrumento de desestabilización porque está en ruptura con el país en el que se encuentra. Los jóvenes inmigrantes en Francia son atraídos, y ahí está su drama y lo que provoca su rebeldía, en dos sentidos diferentes, por una cultura que ya no les acoge y una cultura francesa que todavía tampoco les acoge, es decir, entre la familia y la escuela. Estar entre dos estructuras limitadoras y necesarias, como la familia y la escuela, es dramático si no hay una tercera posibilidad, si no hay una manera de salirse de la familia y de la escuela. En mi opinión, eso lleva a la violencia. Sistemas limitadores, que vuelvo a repetir que son necesarios, si son los únicos, conducen a la violencia. La biblioteca, al contrario, es el lugar de la libertad, y por eso digo que es revolucionaria, para absorber esa violencia.

■ RAMÓN SALABERRÍA

PUBLICIDAD